

Adolfo García Ortega

El evangelista



Galaxia Gutenberg

ADOLFO GARCÍA ORTEGA

El evangelista

Galaxia Gutenberg

GOBIERNO DE ESPAÑA
MINISTERIO DE EDUCACIÓN, CULTURA Y DEPORTE
SECRETARÍA DE ESTADO DE CULTURA

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición
del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre 2016

© Adolfo García Ortega, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: Maria Garcia
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 15108-2016
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15863-69-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A la memoria de Puri y de Adolfo, mis padres,
con inmenso amor e inconsolable tristeza.

Y para Cristina y Alejandro,
tan queridos amigos.

«… we but teach bloody instructions.»
[«… pero nosotros enseñamos lecciones sangrientas».]

William Shakespeare,
Macbeth

Aviso

No han sido buenos tiempos hasta hoy. No sé si antes los hubo mejores ni si los habrá peores después. Los míos han fraguado en un mal presente. ¡Qué sutil decadencia me aguarda! Sin embargo, aún vivo y puedo hablar. Pero ¿para decir qué? Este mar que miro cada día no me trae respuestas como en otras épocas, ni nada me las inspira ya. ¿Volveré a ver a mi hermano Zakai en nuestro asolado país? Ojalá él viva con salud y agradezca la continuidad de los días, ojalá escuche a su corazón y se acuerde de mí y me sepa vivo.

He escrito la verdad de lo que he visto y oído, y cuento la porción de historia en la que me ha sido dado participar, oler, sentir, tocar con mis propias manos. Desde Aptera, donde ahora desempeño mi trabajo y me gano el sustento, dispongo los rollos de estos libros, pero no sé aún cuál es la voluntad de Dios sobre ellos, si que lleguen a buenos ojos o que duerman ocultos en el fondo de un arcón. Frente a esta casa de la costa norte de Creta, la isla del Minotauro, de la que tanto me hablaba Zakai cuando éra-

mos niños y creíamos en las leyendas, el mar es avaro y ya no me dice nada.

Me he refugiado aquí por ser un lugar ignorado del Imperio, alejado de las rutas y olvidado del Diablo. Tengo mis razones para vivir en tan remoto rincón, pero no entraré en detalles. Los detalles están en los libros que he escrito y que, terminados, contemplo ahora como una proeza, habida cuenta de todo lo malo que ha ocurrido en mi patria. Pero lo importante es esto: al escribir, he cumplido con el deber que me impuse y he fijado la gesta de lo que sucedió en nuestro país durante la sedición y ejecución del grupo de Yeshuah llamado el Visionario, al que también decían el Médico, el Prometido, el Ungido, el Enviado y el Mago. Al acabar, he hallado por fin paz y sosiego.

Rodeado de tablillas, cubiletes con tinta, raspadores, plumas de aves, estiletes y papiros, he escrito rápido y he mandado copiar documentos; unos fueron robados para mí, otros los copié yo mismo, otros los memoricé, otros me los confiaron; todas las voces que oí en Galilea y en Judea han seguido poblando mi cabeza día y noche, pero ahora, al pasar a ser tan solo frases, me han descargado de su peso y de su misterio. Estos libros que he escrito son una crónica minuciosa que me ha ocupado dos años por entero. He querido contarlo todo, ¡yo, precisamente yo!, que no era ni siquiera uno de los partidarios de esos rebeldes, ni creía en ellos, ni los entendía ni los amaba. Pienso que, al hacerlo, me ha movido la verdad,

siempre esquiva para la memoria. Sin embargo, he de reconocer que lo que he vivido no me ha hecho mejor ni más piadoso. Solo he aprendido que Dios elige a los suyos y que los sacrificios le complacen. El resto es fábula tras fábula.

Admito que tuve responsabilidad en los sucesos que conmocionaron Jerusalén hace dos años hasta casi arrasar la ciudad. Y que de esa responsabilidad, consternado, doy ahora testimonio, y que al hablar encuentro alivio. Si alguien hallare estos libros será porque por fin han llegado a su destino, un lector. Solo ruego a ese lector que sea benévolo y abra los ojos para penetrar hasta el otro lado de las palabras aquí escritas. Y que advierta que son palabras sobre hechos tan crueles como esperanzadores; hechos que otros, algún día, movidos por sus propias razones, deformarán como Homero deformó las guerras.

Al lector, por tanto, aviso aquí de que todo lo que viene en adelante causará su asombro y su estupor como a mí tormento.

Escrito en Creta, en la primavera del vigésimo primer año de Tiberio y dos años después de las ejecuciones.

I

LIBRO DE GALILEA

1

Puedo garantizar que, acerca de la genealogía de aquel hombre, todo lo que se dijo de su procedencia fue falso. Puras invenciones que quisieron unir a Yeshuah el Visionario con la casa de David para hacerlo rey o parecerlo. Nombres de generaciones escalonadas en su estirpe para llegar a un linaje que él nunca reclamó ni deseó. Era hijo de muchos padres; era hijo de la miseria, traído al mundo por una muchacha huérfana a la que había recogido un anciano viudo; era hijo de la mala suerte, del desvarío, de las profecías, de los rebeldes; era hijo de la furia, de la conjura, de la huida; era hijo de la inocencia y de la venganza; era hijo de todos los contrarios; hasta de sí mismo, su mayor contrario, era hijo. Pero, para muchos, de quien seguro que no era hijo era de aquel Viejo.

Se corrió la voz sobre quién sería el padre que había fecundado a la muchacha recogida por el anciano. Se dudaba de la capacidad del Viejo. Se decía

de él que, aunque había tenido otros hijos anteriormente, era ya demasiado mayor para nuevas mujeres. Se cruzaron mentiras con leyendas. Se hablaba de que la muchacha estaba embarazada de un legionario, y unos decían que la violó y otros que no; se hablaba de que la fecundó un joven de otra ciudad, pero nadie sabía de quién se trataba; se hablaba, por hablar, de ciertos ángeles. Un ángel anunciador, un ángel temerario, un ángel dadivoso. ¡Ridículo, pueril! ¿Quién podía creerse esas patrañas? Aunque imagino que muchos, en realidad. También se hablaba de un Dios fecundador, lo cual era herejía para todos, además de provocar la risa maliciosa entre las envidiosas y las estériles. El absurdo se cebaba en el pobre vientre de la muchacha, quien nunca entendió aquella saña maledicente contra una niña tan pobre como era ella.

El Viejo no respondió nunca a las dudas que su avanzada edad alimentaba entre los incrédulos. Sabía que era suyo el fruto que pronto daría aquella muchacha, a la que él protegía con poca habilidad y liviana precaución debido a su escasa vista. El Viejo se había encariñado con la muchacha y querría a su hijo cuando viniera al mundo. O a su hija. Aunque estaba convencido de que sería un niño. Lo había soñado así. Y como todo lo que en la vida del Viejo había sido importante, aquella criatura también provenía del sueño.

2

De su nacimiento se dijo que fue entre animales. Sin embargo, eso también era falso. Cierto que estando de viaje, debido al empadronamiento obligatorio encargado por el gobernador Quirinio aquel año de la era del César Augusto, y haciéndose ya de noche, la joven no pudo más y hubo de parir en el campo, en las proximidades de Bethléhem, a donde iban. Por suerte, vieron una majada junto a un aprisco de cabras; era más bien el techado de una cabaña de cabreros. El Viejo se movía con torpeza cuando se dirigió hacia allí. Aun así, alcanzó a llamar a la puerta de la cabaña mientras la muchacha, dolorida, se recostaba sobre la paja amontonada junto al brocal de un abrevadero.

De la majada salieron sus habitantes. Eran tres hombres, un padre y sus dos hijos, que el Viejo confundió con ángeles o magos porque obraron el milagro de estar allí esa noche, cuando su esposa iba a dar a luz. Los tres cabreros sacaron agua del abrevadero y prendieron una hoguera fuera de la cabaña. Sabían lo que iba a suceder en adelante porque lo habían visto en sus animales. Entrada en la cabaña, la muchacha parió entre gritos a un niño que tardó mucho en respirar. El Viejo lo cogió entre sus brazos para calentarlo, pues estaba inerme y frío; se emocionó porque creía que ya no viviría y se disponía a despedirse de él cuando por fin el niño se movió y gesticuló en silencio. Más alegre, el Viejo les pregun-

tó a los cabreros cómo era la criatura, rogándoles que se la describieran porque, aunque no era del todo ciego, apenas podía verla bien. Luego no supo qué responder cuando los pastores quisieron conocer el nombre que le pondría. Nunca había pensado en uno.

3

Todo esto llegó hasta mí, contado por gente que lo oyó de otra gente. Eran los crueles tiempos del reinado de Herodes el Idumeo, llamado luego el Grande, y yo era un escriba cuyo nombre no merece figurar aquí. Mi hermano Zakai y yo habíamos estudiado en Alejandría y sabíamos griego, pero con el tiempo él, más sabio, había llegado a ser muy respetado por los fariseos y yo, carente de ambiciones, vagaba de acá para allá dando consejos legales cuando me los pedían. Gozaba de astucia y miraba a mi alrededor con atención para que no me entramparan marrullerías ajenas. Pocos reparaban en mí, no infundía respeto, pero daba o quitaba sombra, como dice el refrán, y en mi tierra la sombra es buena. Escuchaba las historias de todo el mundo y descreía de sus leyendas. También adivinaba los peligros y olfateaba al instante las sediciones, las cuales eran muchas y estaban por todas partes. Temía a los tiranos y evitaba sus caprichos. Por eso me movía con sigilo, era discreto con mis palabras y sobre mí nadie sabía casi

nunca de dónde venía ni adónde iba. Mi nombre pronto lo olvidaban. Mi rostro era común y además solía ir cubierto. Me limitaba a estar allí, en medio de la gente, y a observar. Cierto que todo lo que supe durante aquellos años de mi vida quedó grabado para siempre en mi corazón, pero jamás enloquecí ni perdí el entendimiento. Nunca abandoné mis principios. Nunca amé al Visionario cuando lo conocí, como hicieron otros. Nunca tuve fe en él. Pero lo seguí, como tantos otros también, porque hablaba solo y no hacía falsos milagros ni traía a nadie del otro lado de la muerte.

4

Prosigo con lo que oí. Los cabreros que el Viejo llamó ángeles o magos habían estado en Jerusalén al final del verano. El rojo de la arena y el azul del incienso enrarecían entonces el aire de la ciudad. Pletórica de mercaderes y de festejos, en todas las calles y en todas las casas de Jerusalén había escándalos y violencia. La ciudad se había hecho rica y se hundía en el pecado. Y el rey tenía miedo, un miedo atroz, y su temor le hacía ser capaz de todo. Nadie sabía qué atemorizaba exactamente a aquel Herodes, pero tenía tanto miedo que había enloquecido, decían. Temía las estrellas, temía los portentos; le habían mostrado animales deformes, como ovejas, bueyes y lagartos bicéfalos, y era incauto escuchan-

do las mentiras de los profetas sacrílegos. En su familia, además, anidaba la lujuria y él se entregaba a las ideas más oscuras e insanas. En el Templo se oían blasfemias y profanaciones. Algún rabí le dijo a ese rey tan temeroso que aquellos sucesos eran un presagio. Los fariseos, para soliviantarlo, le advirtieron de las revueltas, pues había habido muertos en las calles por muchas disputas y embriagueces. Nadie sabía qué atormentaba al pueblo ni qué lo saciaría. Querían otro rey, pero lo proclamaban a escondidas porque les espantaba la ira del que ahora reinaba.

Herodes el Idumeo concibió la idea de un escarmiento que aumentaría su poderío, aplastando con su bota el alacrán de la ira y de la codicia. Para ello mataría a los primogénitos de los rebeldes. Pero, como no sabía quiénes eran exactamente esos rebeldes, decidió que el ángel del azar guiase a sus tropas y dejó que estas camparan a sus anchas por la ciudad, libres para saquear y matar a los hijos de quienes juzgaran sospechosos. ¿Y quién no era sospechoso en la ciudad, en aquel tiempo? Se degolló noche y día, corrió la sangre, las madres se apuñalaron junto a los cadáveres de sus hijos, los padres se revolcaron entre horribles lamentos pidiendo que antes los mataran a ellos, pero no se tocó a ningún varón adulto, porque el mandato de Herodes era este: que sufrieran el desgarro viviendo más vida que la que vivirían sus hijos, y que ese dolor los amansara de toda ambición y desenfreno. No supo ver aquel Herodes que el dolor es solo simiente de venganza.

Los cabreros fueron testigos de la masacre en las calles. Por eso le contaron al Viejo que tuviera cuidado con los hombres armados del Idumeo. Cuando, al cabo de unos días, la muchacha se recuperó en la cabaña de los cabreros, el Viejo la tomó a ella y a su hijo y emprendieron juntos el camino hacia la región de los nabateos, en Egipto. No sabía por cuánto tiempo estaría en esa tierra, pero fue allí, en Egipto, donde el Viejo acabó muriendo.

5

En Natzerat, su aldea y la mía, conocí a la muchacha doce años más tarde. Para entonces ya era la Madre y no una muchacha. En la región, dominada por Roma, la muerte de Herodes y el reinado de su sucesor Arquelao trajeron promesas de mejor fortuna, pero el Viejo, en Egipto, no había tenido ya ningún sueño más que lo guiara. Había retrasado su regreso durante años en espera de que una señal se lo advirtiera, y esa señal nunca llegó. Le alcanzó allí el final de sus días, feliz porque vio crecer a su hijo, pero también infeliz porque aguardaba una llamada interior cuya ausencia desazonaba ansiosamente su vejez, hecha de ceguera y desesperanza.

Enterrado su marido en la Nabatea extraña, la Madre volvió con el niño a Palestina en una caravana, pero, como el Viejo había fallecido, no eligió por destino la hostil Judea, de donde era originario

su esposo, sino la Galilea fértil, un lugar que creyó mejor para ellos, aunque en ninguna de las dos patrias tenía familia y habría de vivir un tiempo de la caridad.

Su historia me fue contada por esos días, cuando me la señalaron con el dedo por la calle. La observé y vi que la Madre tenía una mirada esquiva y desconfiada; su tocado apenas dejaba entrever su rostro, ocultado por prudencia; se movía con brío y rapidez; parecía fuerte y discreta, y era alta. La tarde en que la vi no iba con su hijo. A los ojos de los demás era solo una mujer recién llegada a la que algunos en la ciudad recordaban de niña. Había nacido en Natzerat. Su padre fue rabí bajo el turno de Obed. Se vio marcada por la desgracia, porque en poco tiempo una enfermedad se llevó de esta tierra a sus padres y a sus hermanos. Había quedado huérfana y sin recursos. Fue entonces cuando el Viejo, un hombre viudo y vecino de la familia, se apiadó de ella y la acogió en su casa aunque él era pobre, y para evitar que dijeran que vivían bajo el mismo techo y yacía con él, la desposó.

A la muchacha solo le quedaba una parienta llamada Rebeca que le doblaba en edad y nunca tuvo hijos. Decían que ambas se querían mucho. Cuando la muchacha regresó de Egipto y se instaló de nuevo en Natzerat convertida en la Madre, fue a verla, pero le dijeron que Rebeca ya había muerto; sin embargo aún vivía su esposo, Yonatán, un hombre solitario y melancólico que leía en la sinagoga y cum-

plía la Ley con rigor, salvo cuando bebía, y era sabido que al caer la tarde bebía toda clase de vinos y licores hasta ganar el sueño. Este infeliz Yonatán dio casa y sustento a aquella prima de su mujer que había llamado a la puerta seguida de un niño de doce años. Y lo hizo compadecido por esa criatura, de la misma edad que su propio hijo Ehud Yohanán, en el que decían que se había obrado un gran milagro, pues su esposa Rebeca, estéril, lo había concebido a una edad en que las mujeres no pueden ya concebir. Y esa maravilla había ocurrido doce años antes, los mismos que tenía Yeshuah, el hijo de aquella joven, ahora allí presente ante él, convertida en una madre dedicada por entero a cuidar de ese pequeño que desde que nació no había pronunciado ninguna palabra. En aquella casa, de algún modo, los dos unigénitos se creyeron hermanos y se quisieron.

6

No era mudo, pero muchos así lo creían. Quizá por ello tildaron de milagro, en esta época tan dada a creer en portentos, el hecho de que Yeshuah rompiera a hablar por primera vez a los trece años, cuando la Madre y su pariente Yonatán lo llevaron al templo para los sacrificios que le correspondían por su edad. Lo dejaron entrar con los hombres y se extravió entre las columnas y los patios. Lo hallaron después sentado entre los que interpretaban la Ley.

–¡La verdad no es lo que dices tú! ¡Es lo contrario! –les gritaba a cada uno con la voz aún chillona de un adolescente.

Hablaba alto y directo, sin ningún temor, como los domadores de perros, y todos escuchaban al minúsculo muchacho desafiante que los insultaba y ridiculizaba. Hizo lo mismo durante tres días seguidos. Decían que sus argumentos, que yo no sabría repetir ahora, llamaban por igual la atención de los piadosos y de los soberbios, de tan impertinentes como eran.

Una profetisa llamada Edna, que se presentaba como descendiente del linaje de Aser, fue la primera que se asombró al oír las osadas palabras sobre la Torá que aquel muchacho profirió durante esos tres días. Edna era una mujer cubierta de harapos y muy vieja, escuálida como un cactus, que vivía miserablemente a las puertas del templo. Cuando más adelante hablé con ella, me contó que, al ver cómo aquel niño les disputaba la santidad a los sabios más doctos, sintió un gran deseo de tocarlo con la punta de los dedos y de captar su mirada, porque entendió que ahora ya podía morir y desgajarse por fin del tronco como una rama seca. Sintió a la vez un agudo dolor y una inmensa paz. Yo sonreí al escucharla, porque sabía que casi todos la consideraban demente.

Luego la profetisa añadió esto:

–Al oír las palabras de ese niño pensé que eran palabras que separaban más que unían.